

ERNESTO MONTENEGRO

H U M O R I S M O — E N S E R I O Y E N B R O M A

T E N G O P O R humorismo *serio* el que expresa una verdad profunda en tono ligero, al revés de la humorada que asume el cariz solemne o severo para expresar un concepto sonriente de la vida. Esto no aclara del todo el significado del humorismo, y después de darle muchas vueltas al vocablo, he llegado a la conclusión de que nunca podremos acertar a definirlo por la suficiente razón de que no hay tal cosa —que el humorismo no existe. Lo que tiene realidad concreta es el humorista, la criatura de carne y hueso que practica, bien o mal, el humorismo. La culpa del embrollo, pienso yo, la tienen esos filósofos idealistas que de Platón a Kant inventaron las *esencias*, la idea abstracta de los fenómenos, y ya sabemos que las esencias, por ser volátiles, acaban por desvanecer sin dejar rastro.

En cambio los humoristas abundan en todas partes, y a ellos sí que podemos verlos y saludarlos con una sonrisa igualmente tangible, en lo impreso, o celebrar tácitamente sus agudezas, en la radio. Lo natural es que gustemos de su humor en nuestra lengua materna, puesto que cada pueblo saborea mejor las humoradas o los guisos que fueron confeccionados para su paladar o su temperamento. Los ingleses, que parecen ser el pueblo que primero descubrió el humor —o *humour*, como ellos lo escriben— no se muestran dispuestos a consumir el artículo de confección extranjera, y en cuanto a los franceses, éstos acostumbran decir que el *humour* británico es tan desvaído, que los ingleses mismos no aprecian sus humoradas sino pasadas las veinticuatro horas de escucharlas.

El lector atento habrá notado que yo no he mencionado la risa ni una sola vez, y sí dos veces la sonrisa. El distingo es deliberado e importante. Indica que la humorada de buena ley no debe confundirse con el chiste que mueve a risa, ni menos con el exabrupto que provoca la carcajada. El *humour* sería pues la flor de una literatura, un producto meticulosamente cultivado, una planta de suave colorido y perfume sutil. El inglés, que ordinariamente vive en un clima de abundante humedad, y sin tocar los extremos de la temperatura, ha recibido a parejas el don de la tez de crema con frutilla de sus mujeres junto con el humorismo intencionado y a la sordina de sus ensayistas y poetas. Los franceses podrán aventajarlos con la rítmica perfección de su prosa y el vuelo del alejandrino pareado de sus dramaturgos del Gran Siglo; la orquestación del terceto —la *terza rima* del Dante—, tampoco tiene rival, ni el amplio y majestuoso período cervantino; pero cuando llegamos a los humoristas ingleses, ellos quedan por encima de todos los demás, sean rusos, norteamericanos o judíos.

La razón es obvia. Los ingleses son por excelencia el pueblo que ha sabido vivir en espléndido aislamiento, sin imaginar jamás que haya otro que se atreviera a sentirse superior a él. Firme en esa convicción, puede permitirse reír muy discretamente de sus propias peculiaridades. He dicho reír, pero me apresuro a enmendar mi error. ¿Quién ha visto reír a un inglés, como no sea Falstaff, una ficción teatral? Pero el practicante del género humorístico se contenta por lo común con héroes harto más modestos que Falstaff o *Don Quijote*, y toma al hombre de la calle, con sus pequeñas manías, *tics* y extravagancias, a menudo inofensivas o vagamente patéticas. El inventor del *humour* británico descubrió en buena hora la contrapartida de esos "humores" a los que Hipócrates atribuía cuantos achaques de la carne o el espíritu padecía el prójimo de su época. La humorada a pequeñas dosis ha sido desde entonces el solvente universal de nuestros afanes y depresiones hereditarias. El humorista, como el zancudo, sabe inyectar a tiempo una gotita de anestésico al clavar su aguijón, y así podemos sonreír sin protestar de la punzada. Los ingleses están probablemente amasados de las mismas contradicciones y ridiculeces que los demás miembros de la familia humana; pero lo disimulan mejor por saber mantenerse aparte y callar a tiempo.

Gracias a esos dones naturales, pienso yo, será que los ingleses se avienen a vivir en Inglaterra, una isla circundada de mares alborotados, velada casi siempre por la niebla y ennegrecida por el

hollín. Es verdad que apenas pueden hacerlo, los ingleses se van a correr mundo, a asentarse como colonos en sus antiguas dependencias de ultramar, o a manejar los negocios de pueblos y naciones menos prácticos en los asuntos mundanos. Pero permanecen por el resto de su vida fieles a sus hábitos, leyendo a sus clásicos y recitando los himnos del *Book of Common Prayers*. Y cuando sientan el llamado final, se les verá volver en la cala de uno de sus barcos para ir a abonar la tierra nativa en el pequeño cementerio rectoral de su parroquia.



Ahora si alguien me preguntase a quién tengo por el más grande humorista de cuantos fueron en el mundo, yo diría sin vacilar un momento que fue Carlos Darwin. ¿Darwin, el hombre de ciencia? objetaría uno necesariamente desposeído del sentido del humor. Darwin, por supuesto, yo tendría que replicar. El hombre de ciencia y de conciencia que, a la vuelta de mucho cavilar y sopesar la evidencia de sus sentidos, echó por tierra de una vez para siempre las grotescas pretensiones del Animal Hombre, a declararse exento de las leyes de la Naturaleza, con la descarada presunción de haber sido formado aparte, como heredero directo de Adán, con más de cinco mil años de limpia ejecutoria de nobleza, en tanto que el abuelo Darwin, incomparablemente más generoso, no vaciló en asignarle un grado de la escala zoológica entre los primates, con algunos millones de ascendientes a sus espaldas. Los multimillonarios yanquis solían hablarnos con jactanciosa modestia de haber empezado su prodigiosa carrera en los negocios como lustrabotas, o vendiendo diarios por las calles de Nueva York. Pero, ¿no es muchísimo más honroso haber llegado a pica tan alto, para un Carnegie o un Edison, viniendo de muchísimo más abajo, de las honduras cavernarias del Hombre de la Edad de Piedra, o aun de las profundidades marinas de donde afloran las madréporas del coral?

Carlos Darwin, el filósofo, el creyente devoto de la verdad, se demostró como el más trascendente humorista al sonreír a la vanidad de Homo Sapiens, asignándole su verdadero rango en la comunidad de todo lo creado y recordándole con ello que los Faraones, Capetos, Guzmanes y Velascos no son otra cosa que rudos advenedizos a la reata de los mundos que pueblan los espacios y pasada ya su juventud milenaria, seguirán gozando de su espléndida ma-

durez por billones de siglos todavía. Darwin dio así a su humor profundidad filosófica, y puesto que el mejor humorista será el que nos haga conscientes de nuestra posición relativa en el espacio y en el tiempo, suya es también la gloria por haber añadido una Fe de Erratas al *Génesis*.

Este precioso hallazgo, generosamente compartido por Darwin con su colega naturalista Wallace, iría completándose pieza a pieza con el descubrimiento de los órganos vestigiales en el feto de los "mamíferos superiores" y la confirmación de la escala ascendente del pez al hombre, en vez de la aparente degeneración moderna del hombre retrogradado en gorila...



Al proceder al examen de otros ejemplos de humorismo cabal en la literatura europea, estaba de Dios que volviéramos a encararnos con otro inglés, Charles Lamb, el celebrado autor de "Una disertación en torno al lechoncillo asado", que ocupa por derecho propio un puesto de cabecera en las antologías del género en lengua inglesa. Los nativos de las islas británicas, carnívoros por excelencia, lo aprecian por encima de todo otro humorista, de cualquiera procedencia o de la última hornada. Lamb supone que ese plato selecto de la despensa doméstica fue resultado casual del incendio de medio Londres, más de un siglo antes —*the Fire*, por antonomasia. Un *cockney* sobreviviente de la catástrofe, que vagaba hambriento entre las ruinas, sintió llegar hasta sus narices un aroma tan deleitoso cuando guiado por él vino a dar con una lechigada de marranillos que habían perecido entre las llamas y que se conservaban todavía tibios en el rescoldo dorándose a fuego lento. Gracias a esta combinación afortunada de circunstancias (y no por cierto al genio culinario de los ingleses, que es poco menos que nulo, salvo por el *roastbeef*) fue cómo la comunidad británica resultó heredera de esa obra maestra de la literatura humorística insular, y de su versión casera, el lechón asado.

Por desgracia, nunca falta un crítico ayuno del sentido del humor, es decir, un moralista, que salga a condenar las conclusiones de la Disertación de Lamb, por celebrar el resultado feliz de una obra lograda a costa de la destrucción de vidas y propiedades sin cuento (véase Defoe). Pero, ¿qué decir entonces de Nerón, que puso fuego a Roma por los cuatro costados, por el puro antojo de sacar inspiración para su miserable numen de poetastro? La diferencia entre

uno y otro caso, el de Nerón y el de Lamb, consiste en que el piromaniaco romano no era un humorista, sino un egoísta o un ególatra, lo cual puede sonar parecido, pero que en realidad es todo lo contrario.

Porque un humorista ha de ser (insisto en esto) un manantial de benevolencia y ecuanimidad, jamás un tirano cruel y un mediocre hombre de letras, como el que demuestra Petronio. El humorista podrá ser algo inclinado a tomar las cosas con su poquillo de lenidad y tolerancia, y a mirar el mundo como incurable, y por lo mismo pedirá que se le trate sin demasiado rigor. Por lo mismo, los ingleses prefieren saborear a sus humoristas en el ambiente congenial de su club, gozando del sosiego y una tolerable camaradería. A medida que van desdoblando las hojas satinadas del *Punch*, o las páginas selladas del *Times*. Mientras van sorbiendo el tubo de su cachimba, dejarán sentir discretamente el gruñido satisfecho del lector que paladea una frase bien acuñada y sonora, con el libro o el periódico en alto y el cuerpo apelotonado al fondo del sillón, como un gato de Angora, pasándose de mano en mano un párrafo subrayado de los *Ensayos de Elia*.

Aquí sería hasta cierto punto ocioso advertir que el humorismo no es toda la literatura, así como el humorista no está por lo general en el mismo nivel con el poeta o el pensador. El humorista desconfiaría de la exaltación en que se supone vive el poeta. Su fuerte no son las ideas, y su filosofía proviene del sentir, como expresión espontánea de su temperamento, del punto de vista de su manera de ser y de pensar. Su don más raro es la facultad de verse en redondo, con sus fallas y limitaciones. En el caso singular de un hombre de genio, Darwin el primero de todos, su derivación hacia la filosofía nos muestra que en el hombre moderno hay supervivencias manifiestas que lo emparentan en ciertos casos individuales con el ángel, el simio o la hiena. Para probarlo, basta recordar a los santos y los mártires, en la escala de la excelsitud; en niveles inferiores quedan los despliegues grotescos del cobarde, el borracho y el histrión, y como ejemplos de la envidia y el encono tenemos el espectáculo ejemplar de aquel Griswold, cuando ensaya su danza obscena al borde de la sepultura recién abierta de Edgar Poe.

Del lado opuesto queda el humorista refinado que ha aprendido a sonreír sin acrimonia a sus propias debilidades. Y si queremos ofrecer un ejemplo convincente no hay otro remedio que volver a la fuente inagotable del *humour* británico —a un humorista inglés

con etiqueta teutónica, pero bien impregnado de cultura tradicional isleña: Max Beerbohm de nombre, y autor de un fino ensayo humorístico titulado *¿Parlez-vous Français?* Max fue un humorista por partida doble, con la palabra y la caricatura. Entre dos guerras mundiales, mostró suficiente buen humor para no aparecer tomándose demasiado en serio, y confortar de este modo el *Ego* de sus compatriotas. En su paradójico ensayo "In praise of mistakes", celebra los deslices históricos y los anacronismos en los dramas de Shakespeare como una generosa concesión hecha por el genio a la vanidad de los eruditos y demás gentes sin imaginación. Pero fue al trazar con su lápiz la escena histórica en que la reina Victoria y su hijo calavera, el Príncipe de Gales, se miran con el ceño de dos caracteres diametralmente opuestos, cuando Max alcanzó el pináculo artístico como dibujante.

Su autocrítica como aficionado a lucirse maltratando lenguas extranjeras, es una fina advertencia para todos los que tenemos la debilidad de exhibir nuestra ignorancia como turistas o profesores de idiomas. En *¿Parlez-vous Français?* Max nos cuenta que una tarde se presentó en su taller de Mayfair una marisabidilla de París que había llegado expresamente hasta Londres para pedirle que le indicara los nombres de los escritores más en boga en la metrópoli inglesa. Esto no vino a saberlo sino más tarde Max, porque la visitante francesa le hablaba en su lengua materna, y para mayor agravante, con el acento cortado y aglutinante de una parisiense.

Max hablaba tolerablemente bien el italiano, por haber pasado la mitad de su vida en la Riviera; pero, como nos ocurre a muchos, al chapurrear francés se le hacía una mescolanza de vocablos antojadizos que ni él mismo se entendía.

De primera intención, el humorista pensó mantener su sangre fría y dignidad con una esgrima defensiva de expresiones vagas que, sin denunciar su incapacidad, le dieran tiempo para penetrar el chaparrón de gargarismos e inflexiones nasales de *la femme savante*:

—*C'est vrai, Madame, c'est vrai*, murmuraba el pobre Max, sudando la gota gorda.

Pero ella volvía a la carga con mayor insistencia, al par que sacudía la cabeza en señal de extrañeza y exasperación. La confusión de Max también cundía a su turno, y con ello sus respuestas evasivas:

—*C'est vrai, c'est vrai*.

Hasta que la señorona estalló en una pirotecnia de *Mon Dieu!*

y *Ma foi!* harto comprensible, para rematar con estas palabras de perplejidad y asombro:

—¡Pero Monsieur Beerbohm!, ¿cómo es posible que yo no haya oído mentar hasta hoy ese novelista tan famoso que usted nombra Sebré?



Ha llegado el momento de poner remate a esta revista de los varios matices de humorismo que mejor convienen a nuestra manera de concebir lo que debe entenderse por modelos del género. El ejemplo que reservaba para el final le corresponde de derecho a un humorista ruso bien poco familiar para nosotros en este concepto: Fedor Dostoyevsky, autor del relato breve "El Cocodrilo". Por lo que ya sabemos de la literatura rusa, su humor tiene matices peculiares que han de causarle a muchos lectores más extrañeza que regocijo, y que para el lector inglés, buen juez del tema, han de aparecer con el cariz desconcertante de un *anticlímax*, o sea, lo contrario del *broche de oro* que entre nosotros se espera como remate triunfal de una historia.

"El Cocodrilo" fue, sin embargo, de tan feliz recordación en Rusia que pasó a servir de título a la revista de humor satírico de los Soviets, y cuenta a su favor el haber sobrevivido a las atenciones devastadoras de Stalin. "El Cocodrilo" es hasta hoy el mensajero amable del pueblo ruso y la pesadilla de su burocracia. Pero entremos sin más en materia.

Cuenta Dostoyevsky que en un barrio popular del Moscú de su tiempo, allá por 1860, un empresario de feria anunció la presencia de un cocodrilo del Nilo por esos extremos del mundo. A esta exótica aparición respondió ávidamente la curiosidad del pueblo, formando una cola comitaria a la entrada de la barraca que cobijaba al monstruo. Una pareja de jóvenes mujiks que venían a pasar su luna de miel en la ciudad santa, se sumaron a la multitud que se agolpaba a la entrada. Empujados por los ansiosos espectadores llegaron al fin hasta el borde del foso en cuyo fondo reposaba el cocodrilo con sus fauces abiertas como para dar la bienvenida a la concurrencia. El joven campesino de la estepa se inclinó para ver mejor al extraño animal, y otros, imitando su ejemplo, presionaron de atrás, y el que estaba delante, resbaló, se precipitó al fondo, y el animal se lo tragó.

Un grito de espanto siguió a la exclamación ahogada del infeliz. Llanto de la presunta viuda, llamados a la policía, carreras en busca del empresario, pedido de auxilio a los bomberos. Los más exaltados reclamaban un hacha o una espada para abrirle el vientre al lagarto y liberar al hombre; pero el dueño del animal invocó al sagrado derecho de propiedad y la amenaza de ruina que seguiría al sacrificio del cocodrilo.

En ese instante se oyó clara y distinta la voz del cautivo que pedía, desde su encierro, se tranquilizara a su mujercita, asegurándole que su maridito estaba con vida y hasta bastante cómodo, pues el interior en que estaba era espacioso y bien ventilado. Con esto se restableció la calma, y los hombres que se habían apresurado a prestar auxilios a la campesina, que era bastante agraciada y no parecía del todo indiferente a las atenciones de los jóvenes, se agruparon a cumplimentarla y asegurarle que se hallaban prontos a devolverle a su marido o perecer en la demanda.

Con esto volvió el contento a la multitud y se estrechó el círculo de los admiradores de la recién desposada. La picarona, al notar que sus lágrimas habían aumentado el brillo de su mirada, reanudó con más entusiasmo el palique con sus cortejantes, por lo que el marido, percibiendo muy a lo vivo el rumbo que iban tomando las cosas, estalló en recriminaciones celosas con tal vehemencia, que concluyó por provocar el síncope de la pobrecita inocente.

Por fortuna no faltó un alma bien puesta que explicara la situación al huésped momentáneo del cocodrilo, llamándolo a la reflexión y la serenidad, lo cual se logró al fin. Recomenzó entonces el diálogo entre marido y mujer, más apasionado y conmovedor en vista del malentendido, se cambiaron tiernos juramentos de fidelidad y armonía conyugal entre la pareja, y por último se concertó la acción inmediata para sacar al hombre de su cautiverio, costara lo que costare. Volvieron los gritos, más impacientes cada vez, pidiendo escalas y cordeles y armas de fuego para ultimar a la inmundicia bestia. Otro pedía se llamara a los bomberos para ahogarla con sus mangueras o descuartizarla con sus hachas de emergencia.

Se buscó al empresario por todas partes; pero no se conseguía descubrirlo por ninguna parte; muchos expresaron sus temores de que el hombre enfermara o muriera a causa del largo confinamiento. La infortunada joven privada por tantas horas de la compañía del elegido de su corazón, también unió sus clamores a los que pedían

el fin inmediato del intolerable suspenso. En ese instante se presentó el empresario, con un sorprendente aire de confianza, ahora sonriente y con la expresión de quien tiene una grata sorpresa en reserva:

—Señoras y señores; respetable público, dijo, después de aclarar la voz y sacar el pecho. —Tengo el gusto de comunicarles que nuestro querido parroquiano estará en un momento más con nosotros, sano y salvo, como bien puedo testificarlo yo, que soy el empresario y dueño de la principal atracción de mi espectáculo. Les aseguro pues que en ningún momento el hombre que cayó en las fauces de mi cocodrilo ha corrido el menor peligro, pues el animal fue confeccionado de caucho.